

LA PASIÓN DE LEER O EL AMOR AL LIBRO

Señora Luisa, autoridades presentes, queridas amigas,
queridos amigos,

Hace unos pocos días, nos dejó un gran escritor y amigo entrañable, Carlos Cerda. No pude estar cerca de él, como otros amigos que tuvieron la suerte de compartir el prelude de su partida. Es por ello que quisiera aprovechar mis pocas palabras para dirigirme a Carlos en un escenario inmejorable para recordarlo y reafirmar nuestro amor al libro.

Querido Carlos,

Hoy estamos de fiesta y tú estás con nosotros. Celebramos una vez más, en esta nueva Feria del Libro, la número veintiuno, nuestra pasión de leer y, sobre todo, queremos renovar públicamente nuestro incondicional amor por el libro. Te fuiste hace unos días a reencontrarte con ese misterio que fue compañía y obsesión de tantas vigiliadas frente a la hoja en blanco que te pedía el milagro de poblarse con tus palabras.

Emprendiste tu viaje, dejándonos tus páginas llenas de vida y de pasión. Hoy estás con nosotros en tus libros, en nuestros recuerdos y tanto de lo que supiste enquistar en nuestras almas. Te pido hoy un nuevo favor: el de acompañarme en este momento, como amigo, para entregarle esta carta que le escribí a otro amigo que ha sido y sigue siendo también el tuyo.

Contigo me es más fácil, porque pienso que eres el mejor acompañante para que el libro, así, en general, sobre todo el que lleva la marca del uso en su piel, pueda aceptarme esta nota en la que pretendo decirle, después de tantos años, lo que para mí ha significado su compañía y su presencia.

Y aquí va, con todo mi afecto:

Querido libro,

Usado, manoseado, subrayado, sufrido en tanto tiempo de servicio, lleno de arrugas que me hablan de los avatares de tu larga existencia, desde el día que naciste, limpio, inmaculado, saliendo de las antiguas máquinas impresoras y te entregaste en una larga carrera a distintas manos que han dado vuelta a tus páginas miles de veces y que han buscado en ti, afanosamente, la capacidad de restituirnos el asombro dormido. Has sabido atesorar, silencioso y leal, los sueños de tantos, hechos palabras y, hoja tras hoja, los has sabido construir en nosotros con paciencia infinita, aguantando no pocas defecciones y traiciones pasajeras, los arrebatos de largas jornadas de intimidad, el ritmo y las ganas de tus lectores.

Fuiste exclusiva propiedad de los poderosos durante muchos siglos, hasta que el viejo Gutemberg te dio una nueva vida y te abrió horizontes infinitos. Desde entonces te has vestido de mil formas y te has replicado incontables veces en oleadas sucesivas, llegando hasta los últimos rincones de esta pequeña casa que nos cobija. Sin embargo, no siempre te hemos recibido con alegría y con los brazos abiertos. Tú pagaste el precio de ser el primer demócrata de la difusión del conocimiento.

En repetidas ocasiones, hemos llegado a encontrarte tan peligroso para la paz y el orden que, para nuestra vergüenza, hemos sido capaces de quemarte en las plazas públicas y este rito siniestro nos ha acompañado más de una vez a lo largo de la historia.

Como si esto fuera poco, cuando te repusiste de tantas calamidades, te hemos gravado de impuestos que te han alejado de aquellos que más te necesitan.

Tú, sin embargo, has resistido con firmeza todos estos embates y nos sigues acompañando a pesar de nuestras mezquinas traiciones.

Pero, ya que estamos en confianza, confieso en público que tu compañía y amistad no ha sido siempre fácil para mí y que algunas veces me has sacado de quicio y he llegado a pelear contigo. Te he culpado de mi falta de concentración, de mi poca capacidad de entenderte y de seguirte, de la precariedad de mi tiempo para discutirte formas y contenidos, de mi falta de disponibilidad.

Te he endosado todas mis debilidades y me he alejado de ti por un tiempo, para buscar la fácil y complaciente compañía de un televisor. Cuando he vuelto a acercarme a ti te he encontrado siempre abierto a reiniciar la amistad trizada, sin rencores ni reproches solapados.

Has sido y sigues siendo fiel, paciente, humilde y disponible, siempre pronto a que te devuelvan a la vida recorriendo tus páginas. En tu cara, llena de arrugas, puedo leer la compleja historia de tus andanzas.

Sin embargo, me atrevo a pensar que, con el tiempo, tu aspecto exterior ha llegado a tenerte sin cuidado.

Ya sabes muy bien, que tu fachada es apenas eso: una vestimenta desechable, que puede ser útil para atrapar la mirada y para que algunos se fijen en ti, incluso antes de conocerte de verdad, pero que desaparece de inmediato cuando el alma de tu lector se enreda contigo en tu propia historia.

Mirándote ahora, se viene a mis ojos la imagen de la hoja de una pala, gastada y reluciente por el uso, y la comparo con otra de la misma pala recién salida de la ferretería, revestida con una pintura gruesa de antióxido que esconde la nobleza de su materia.

Es el contacto con la tierra, con las manos sudorosas del trabajador que, día tras día, le permite recobrar su brillo y su dignidad. Lo mismo pasa en tu relación con nosotros.

Otra confesión: a veces he llegado a dudar de tu permanencia en el tiempo, acosado como lo estás por nuevas y avasalladoras formas de la comunicación de la imagen, más accesibles y acomodaticias. Pero, reconozco que, a pesar de mi falta de fe, siempre he vuelto a buscar tu amistad. Podría inventar varias razones para ello y esconder, por pudor, la verdadera, pero lo cierto es que lo hice, simplemente, porque te necesito.

Tú me ayudas a imaginar, me enfrentas a todos aquellos acuciantes desafíos que son capaces de despertar en mí el deseo de seguir hurgando en mi memoria y en la memoria de todos, de enredarme en las relaciones humanas, de

empecinarme en tratar de entender el por qué de casi todo, el cuándo y el cómo la palabra transforma en materia viviente los sueños más inconcebibles y da vida permanente a lo efímero.

¿Sabes? Lo que siempre me ha cautivado de ti, es tu aparente distancia, la mentirosa objetividad de tu forma. Has hecho caudal de lo neutro de su sustancia, has tratado de convencerme de que tu cuerpo aguanta cualquier contenido, que en el fondo te da lo mismo lo que soporten tus páginas.

Sin embargo no has podido engañarme.

Después de mucho tiempo he descubierto tu secreto: tú también tienes tu corazón y quieres a tu manera. Te gusta hacerte una sola cosa con lo que llevas escrito en tu cuerpo, y tienes tus preferencias, aun que, para defenderte, trates de superarlas y las consideres como una debilidad que tienes que vencer.

Sé que sufres en la inactividad de los estantes y que te llenas de alegría cuando unas manos te sacan de ese disfrazado cementerio y te devuelven a la vida.

Fuiste creado para el diálogo y no puedes renunciar a tu destino, te guste o no.

Hoy, en esta Feria, te has vuelto multitud y te ofreces de nuevo al rito de la antigua amistad que nos une, en el ámbito que siempre será el más adecuado y oportuno: el de **la fiesta compartida**.

Al verte aquí, rodeado de tantos que te buscan y te necesitan, vuelve a mí el saludo con que solemos recibir a los que más queremos y que han llegado a ser una sola cosa con nuestra historia personal y colectiva.

Te lo envío, seguro de interpretar a todos los que aquí estamos, porque te corresponde en justicia por todo lo que nos has dado y nos seguirás entregando todavía, por largos años.

Con Carlos, te decimos, llenos de alegría:

“¡Libro, amigo, el pueblo está contigo!”

Con todo nuestro afecto y la profunda amistad de siempre,

Claudio di Girólamo y Carlos Cerda

23 de octubre de 2001